

LA ÚLTIMA CRUZADA

por

LUIS MARÍA SANDOVAL

No deja de ser simbólico que fueran las tropas revolucionarias francesas las que, en 1798, durante la expedición de Bonaparte a Egipto, eliminaran por la fuerza el último vestigio institucional nacido de las cruzadas: el estado caballeresco de la Orden de Malta, la cual seguía realizando anualmente varias "caravanas" o expediciones navales contra los buques musulmanes. Digamos que, al fin y al cabo, el estado de guerra proseguía, y la piratería basada en Argelia, Túnez y Trípoli continuó después de concluidas las guerras napoleónicas, más o menos hasta 1830.

Pese a ello, la época de las cruzadas no terminó sin más ni siquiera entonces. Las guerras de la Revolución y del Imperio presentaron una notabilísima faceta de guerras en defensa de la religión, sea en la insurrección de vendeanos y *chouans* de Francia, sea en las diversas *insorgenze* italianas, como los "Viva María" de Toscana o los sanfedistas napolitanos del cardenal Rufo (1), en la Guerra de Independencia española, o en la guerrilla de Andreas Hofer en el Tirolo.

(1) *Alleanza Cattolica* ha fundado en 1995 el I.S.I.N. (*Istituto per la Storia delle Insorgenze*) para sacar a la luz un número de episodios de este género mucho más abundante e importante de lo que parecía al empezar su recuperación, que estaban absolutamente dados de lado por la historiografía liberal oficial.

Como introducción al tema puede consultarse FRANCESCO MARIO AGNOU, *Guida introduttiva alle insorgenze contro-rivoluzionarie in Italia durante il dominio napoleonico (1796-1815)*, Milán, Mimep-Docete, 1996, 127 págs., o MASSIMO VIGLIONE, *La vandeia italiana. Le insorgenze controrivoluzionarie dalle origine al 1814*, Milán, Effedieffe, 1995.

Si no fueron cruzadas en el sentido estricto del término (2), sí lo fueron en el sentido extensivo, y con una connotación especial, pues no se redujeron a unos expedicionarios voluntarios, sino a enteras poblaciones en defensa de su Fe sometida a auténtica persecución.

Y ese carácter de cruzada mantuvieron las posteriores guerras civiles contrarrevolucionarias. Así, las guerras carlistas en España no se entienden bien sin conocer el carácter persecutorio de nuestro liberalismo (3).

Durante ese periodo, además, tales guerras populares en defensa de la religión se extendieron al Nuevo Mundo: así, en México la guerra de Reforma (1857-1860) —con las campañas del general Miramón, luego mezclado en el episodio de Maximiliano—, enlaza con los "religioneros" de 1873-1876, precedentes a su vez de la epopeya de los cristeros de 1926-1929; en tanto que la guerra civil de los Mil días en Colombia (1899-1902) poseyó también su sentido de guerra por la religión (4).

La Cruzada de los Zuavos

Pero, además, hubo un caso de guerra en el siglo XIX en que al hecho objetivo de librarse la lucha por la suerte de la Religión, y al vivísimo sentimiento subjetivo de sus defensores de que así era, se unió la sanción pontificia. Puede hablarse de una verdadera cruzada, desgraciada y poco conocida pero auténtica, en la Europa de hace ciento treinta años.

(2) Es decir, como guerras convocadas por el Papa e indulgenciadas con afluencia de voluntarios multinacionales.

(3) Resulta imprescindible referirse al trabajo de FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA, *El liberalismo y la Iglesia española. Historia de una persecución*, del que ya están publicados los volúmenes I "Antecedentes" (Speiro, 1989) y II "Las Cortes de Cádiz" (Fundación Francisco Elías de Tejada, 1996).

(4) *Véase* FERMÍN GARRALDA ARZCUN, "Situación religiosa de Colombia en 1900. San Ezequiel Moreno y Díaz: una vida por el Reinado Social de Jesucristo", en *Verbo*, núm. 321-322 (1994), págs. 149-205, y núm. 323-324, págs. 361-403.

Es "la última cruzada" si se atiende a que desde entonces hasta nuestros días no ha habido ninguna otra contienda en defensa de la Religión convocada por el Papa, pero no porque las cruzadas hayan quedado descartadas para siempre y por principio. Su Santidad Pío XII, en su radiomensaje de Navidad de 1956, con motivo de la insurrección húngara, contemplaba su posibilidad aunque no la empleara, así como avalaba el sentido extensivo del término cruzada:

"Nos, por nuestra parte, como cabeza de la Iglesia, hemos evitado en el presente, como en casos precedentes, llamar a la humanidad a una cruzada. Pero podemos pedir plena comprensión para el hecho de que, donde la religión es una herencia viva de los antepasados, los hombres conciben la lucha que les viene impuesta injustamente por el enemigo igual que una cruzada. Lo que afirmamos para todos, sin embargo, ante la tendencia a hacer pasar como inofensivas algunas pretensiones, es que se trata de cuestiones concernientes a los valores absolutos del hombre y de la sociedad. Por nuestra grave responsabilidad, no podemos dejar que esto se esconda en la niebla de los equívocos" (5).

Nos estamos refiriendo a los combates que entre 1860 y 1870 se libraron para la defensa de los Estados Pontificios con la ayuda de voluntarios que acudieron a la llamada de la Santa Sede desde todo el orbe católico.

Para la historiografía oficial, liberal, se trata de un capítulo de las luchas del *Risorgimento*, de la Cuestión Romana. Y es evidente, como en las cruzadas a Tierra Santa, que en esta contienda se superponían varios conflictos y distintas intenciones, sin ser perfectamente homogéneos los protagonistas.

Desde luego no todos los políticos y militares italianos eran enemigos de la Religión. Y entre las fuerzas pontificias el motivo de defensa de la Religión, más uniforme, sobresalía sobre todo entre los voluntarios extranjeros, alistados por ese único móvil. Por eso, aunque podríamos hablar de una cruzada Romana, o por los Estados Pontificios, hemos preferido denominarla como

(5) Pío XII, *L'inesauribile mistero* (24-XII-1956), § 35. (Vid. *Doctrina Pontificia. Documentos sociales*, Madrid, BAC, 1964, pág. 1119).

Cruzada de los Zuavos por el nombre del más significado (aunque no el único) de los cuerpos de extranjeros voluntarios que se organizó bajo las banderas pontificias.

Los antecedentes

Aunque los acontecimientos de aquella cruzada fueron relativamente breves, para comprender bien como se llegaron a producir hay que remontarse más de sesenta años.

Por una parte el Papa era, desde hacía más de mil años, soberano de un estado temporal en el centro de Italia, que comprendía desde la provincia de Roma, el Lacio, conocida como Patrimonio de San Pedro, hasta las Marcas en la costa adriática incluyendo entre ambas la Umbria; y al norte de aquellas las Legaciones de Romaña, que comprendían Bolonia, Ferrara y Rávena.

La formación de aquel Estado no había obedecido a un propósito deliberado. El cristianismo no había manifestado ambiciones terrenas: no aspiraba a conquistar los reinos terrestres ni a constituir un 'estado de elegidos' aparte. Lo que distingue, una vez más, a nuestra Religión de las demás. Pero aquellos Estados Pontificios habían resultado providenciales para garantizar la independencia y la libertad de acción del Papa como cabeza de la Cristiandad. Por eso, como adquisición valiosa, eran considerados un bien a defender por la Iglesia. Se decía, como una paradoja más de nuestra Religión, que hacía falta que el poder temporal y el religioso estuvieran unidos en Roma para que pudieran mantenerse distintos en el resto del mundo.

Los papas mantenían su poder temporal como un patrimonio de la Iglesia confiado a ellos temporalmente, que por ello no podían ceder graciosamente. Pero, sobre todo, porque en una época en que los gobiernos liberales acentuaban sus legislaciones anticlesiásticas era suicida renunciar a la entidad estatal independiente para que hasta la misma cabeza de la Iglesia Universal quedara en condición de súbdita de aquellos. Los obispos del mundo, como la gran cantidad de ellos que se reunieron

en Roma en 1862 para la canonización de los mártires japoneses, respaldaban unánimemente esta postura, posiblemente por su experiencia bajo los gobiernos liberales.

* * *

De otro lado, la Revolución que estalló abiertamente a fines del siglo XVIII era particularmente enemiga de la Religión Católica, además de adversa a las formas políticas del pasado, de modo que los Estados Pontificios estaban en su punto de mira de un modo doble si cabe, en cuanto monarquía del Antiguo Régimen y en cuanto eclesiásticos.

Efectivamente, la República Francesa, cuando invadió Italia, aprisionó al Papa Pío VI que murió en cautiverio (Pío VI y último le llamaron, porque pensaban haber terminado con el papado). Y sus estados quedaron anexionados al Imperio Napoleónico tras un estadio temporal de "República hermana" títere.

La posterior Restauración devolvió los Estados Pontificios, con sus fronteras seculares (6), al Papa Pío VII (que aunque firmó con Napoleón el Concordato de 1801, también estuvo prisionero de éste desde 1808).

Pero la semilla revolucionaria, liberal y en muchos lugares además nacionalista, perduró.

En aquella Europa convulsa por las sucesivas oleadas de revoluciones que sacudieron todos sus países (en torno a 1820, 1830 y 1848, según la convención comúnmente admitida), los pequeños estados no podían mantener su estabilidad sin la protección militar de las potencias, principalmente Austria y Francia. Y eso reza también para el pacífico Estado Pontificio, de fuerzas militares apenas policiales y protocolarias, que ya en 1831 y 1832 hubo de solicitar el auxilio austríaco contra los revolucionarios.

* * *

(6) Las fronteras de 1797, devueltas en 1815, databan, sin alteración alguna, de 1597, fecha de su última modificación.

En Italia los movimientos revolucionarios liberales estaban mezclados con los propósitos nacionalistas de unidad italiana. Se da la circunstancia de que aún hoy la historia oficial italiana saluda como principio de su resurgir nacional las invasiones francesas de 1798 y años sucesivos, y los regímenes *quisling* implantados con sus bayonetas, pese a que fueron abiertamente impopulares.

La lógica revolucionaria, eliminada la fidelidad al monarca que actuaba de vínculo entre pueblos inicialmente separados mediante el cual integraban una unidad creciente manteniéndose distintos, conducía por el contrario a la autojustificación de los estados en función de identidades nacionales irreductibles y celosamente guardadas.

Como señala Renato Cirelli (7), la unidad italiana podría haberse conseguido finalmente por la vía de la confederación, sin traumas ni guerras civiles, integrando las autonomías locales y territoriales sin absorberlas en el estado unitario (8), y sobre la base de la Iglesia Católica. Ello hubiera estado en la línea de la tradición italiana y a ello no se hubiera opuesto el Papado —desempeñado y servido por italianos— que miró con simpatía esta posibilidad, sobre todo en los inicios del pontificado de Pío IX.

Pero, en tanto que para una parte del movimiento patriótico italiano la unidad e independencia eran contempladas como un fin, en busca de la propia grandeza, y a imitación de las otras naciones europeas, existía otra parte del movimiento, republicana y radical, alimentada por las sociedades secretas y continuadora de la Revolución Francesa, para la cual la unidad e independencia italiana eran más bien un medio en el camino del

(7) Vid. RENATO CIRELLI, *La Questione Romana, Il compimento dell'unificazione che ha diviso l'Italia*, Milán, Minerva-Docete, 1997, págs. 22-23. Se trata de un libro breve, pero absolutamente fundamental para centrar el tema, del que este trabajo es muy ampliamente deudor.

(8) Aunque las hipótesis sobre el pasado son indemostrables, conviene considerar cómo la paralela unificación alemana arrancó de la Unión Aduanera y condujo a un Imperio en el que algunos Reinos y Principados mantuvieron dentro del conjunto su identidad separada de Prusia. Los caminos adoptados en el pasado no son nunca ineludibles. En el caso italiano, muy particularmente, el camino seguido no era el único posible.

objetivo final de la derrota del catolicismo. Y que, desde luego, no aspiraba sólo a la liquidación del Estado Pontificio, sino a la del Papado.

Y aunque esta afirmación resulte fuerte, Cirelli la respalda recordando como las posibles reivindicaciones de unidad italiana con relación a países aliados de la causa liberal fueron totalmente dejadas de lado. No sólo no se reivindicaron Córcega ni Malta, sino que Niza fue entregada a Francia, y el incansable Garibaldi, nacido precisamente en ella, no acudió en su auxilio cuando en 1870 la ciudad se alzó reclamando su italianidad y fue reprimida por el Ejército de la Tercera República francesa (9).

* * *

El antecedente próximo de nuestra cruzada arranca de la República Romana de 1849.

El Papa Pío IX, recién electo en 1846, acometió una serie de reformas modernizadoras en el gobierno temporal que fueron presentadas abusivamente como "liberales" en audaz y concertada maniobra propagandística. Cuando se negó abiertamente a seguir el juego de los revolucionarios, éstos le acusaron de "traición" y se volvieron contra él aprovechando las libertades concedidas.

Tras el asesinato de su ministro Rossi, y en plena situación revolucionaria, Pío IX huyó disfrazado de Roma (XI-1848) para refugiarse en la vecina plaza de Gaeta, ya en territorio napolitano, desde donde solicitó el auxilio de las potencias. Mientras, quedó proclamada la República Romana, con vocación de república italiana, bajo la égida de Mazzini (II-1849).

Francia quiso atribuirse toda la gloria de la intervención en Roma y envió una expedición al mando del general Oudinot, que sin embargo fue inicialmente rechazada por Garibaldi y hubo de ser considerablemente reforzada antes de conseguir el éxito en julio de 1849 (10).

(9) *Vid.* R. CIRELLI, *op. cit.*, págs. 24 y 102-104.

(10) También participaron fuerzas españolas en la represión de la República Romana, pero la expedición, de apenas cinco mil hombres al mando de Fernando Fernández de Córdoba, zarpó de Barcelona para Gaeta al mes de que hubieran

Los acontecimientos de 1849 —usurpación del poder temporal, restauración con ayuda internacional— son la referencia implícita del resto del reinado de Pío IX (rey además de pontífice, los defensores del poder temporal de la Iglesia le llamaban el Papa-Rey). De ellos arranca también la permanencia de guarniciones extranjeras —francesas en el Lacio, austríacas en la Romaña— que agitaría como agravio el nacionalismo revolucionario italiano.

La necesidad y el llamamiento

En 1859 el Reino de Cerdeña (centrado en el Piamonte y cuya dinastía era la de Saboya) había llegado a una alianza con el Emperador Napoleón III de Francia para hacer la guerra al Imperio Austríaco. De tal guerra pensaba obtener el Piamonte todo el norte de Italia (Milanesado y Véneto), en tanto que Francia pensaba instalar un nuevo reino napoleónida satélite a partir de los pequeños estados de Parma, Módena y Toscana. Esos dos estados integrarían, con el Reino de las Dos Sicilias y los Estados Pontificios, una confederación italiana.

Siendo desfavorable la guerra a los austríacos, éstos retiraron sus guarniciones de los lugares donde permanecían en función de garantía antirrevolucionaria desde 1849. Inmediatamente, agitaciones liberales italianistas, promovidas por agentes piamonteses, se apoderaron de los tres estados independientes y de las legaciones pontificias en Romaña y Perusa, estableciendo juntas revolucionarias provisionales que pidieron la unión al Reino de Cerdeña.

desembarcado los franceses en Civitavecchia, se mantuvieron en el límite sur de los Estados Pontificios sin participar en los combates por Roma, y actuaron apenas en la posterior ocupación del Lacio. Sin embargo, sí estuvieron directamente en contacto con el Papa exilado entre los napolitanos, quien bendijo y trató efusivamente a los expedicionarios, que retornaron entre diciembre de 1849 y febrero de 1850. De ahí trajo causa la concesión por el Papa a Isabel II de la Rosa de Oro (Vid. EMILIO ESTEBAN-INFANTES Y MARTÍN, *Expediciones españolas. Siglo XIX*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1949, págs. 109-142).

Napoleón III, sintiéndose burlado por la diplomacia saboyana de Cavour, y ante la presión de la derecha católica francesa, firmó enseguida la paz de Zurich con Austria por la cual obtiene el Milanésado que cede inmediatamente al Piamonte (11), que también se anexiona unos meses más tarde, en marzo de 1860 y "mediante plebiscitos", los estados de Italia central. Francia recibió del Piamonte, a cambio, Niza y Saboya, donde los "plebiscitos" oportunos volvieron a resultar según convenía a los diplomáticos.

En consecuencia, la situación de los Estados de la Iglesia se hacía muy grave. El Reino de Piamonte era ahora un vecino fronterizo, que no sólo poseía una legislación marcadamente anticlerical, sino que había favorecido movimientos revolucionarios para quedarse con sus frutos; y no ya las tierras de otros príncipes, sino las posesiones pontificias de Romaña (12), por lo que el Papa excomulgó solemnemente a los gobernantes piamonteses por un breve del 26 de marzo.

La usurpación de la Romaña significaba además la pérdida del contacto directo con Austria (vencida y debilitada), en tanto que los franceses, garantes de la Ciudad Santa, eran a la vez aliados de la monarquía saboyana.

* * *

En esas condiciones la Santa Sede necesitaba poseer un instrumento armado propio eficaz. A propuesta del conde belga Xavier de Merode, que había sido militar de carrera antes de

(11) Ni la Lombardía ni el Véneto fueron cedidos directamente por Austria a Italia: fue un desprecio de la diplomacia habsbúrgica, justificable por otra parte, puesto que en el campo de batalla los piamonteses en solitario fueron derrotados en las dos batallas de Custoza de 1848 y 1866. Las guerras de independencia italianas fueron ganadas por los franceses y los prusianos.

(12) Las tropas pontificias sólo pudieron recuperar Perugia, el 20 de junio de 1859, pero las víctimas de la reocupación y sobre todo de la limpieza de francotiradores (veinticinco muertos en total) pasaron a convertirse en un mito propagandístico de la cruel represión del pueblo italiano a manos de mercenarios extranjeros (suizos) del papado.

abrazar el sacerdocio, se hizo un llamamiento de voluntarios a los católicos de todo el mundo, y para ellos ofreció las mismas indulgencias que para los participantes en las cruzadas a Tierra Santa.

El número de voluntarios, que comenzaron a afluir en mayo de 1860, no fue nunca muy numeroso, apenas unos miles en diez años. De entre ellos el núcleo principal fue de franceses, y luego de italianos de todos los estados de la península; hubo contingentes considerables de austríacos, belgas y suizos; un par de centenares de irlandeses, licenciados después de Castelfidardo; también algunos holandeses, alemanes de diferentes partes, y, simbólicamente, desde polacos a francocanadienses; también hubo españoles en Roma, pero escasos y con peripecias muy especiales, como diremos.

El escaso alistamiento podría explicarse porque sin un respaldo político en los países de origen es muy difícil reclutar y trasladar de su propio pecunio grandes masas humanas. De hecho, las cruzadas medievales alcanzaron su magnitud por nutrirse de las mesnadas señoriales y por el patrocinio real (a casi todas, salvo la primera, concurren reyes). La política general de la Europa de 1860 era reticente, cuando no abiertamente adversa, a la causa de aquellos cruzados.

Tratándose de voluntarios contemporáneos, deberíamos poder facilitar datos exactos en cuanto a su número, la fecha y el cuerpo de enrolamiento, o su distribución por nacionalidades. Es la laguna más notoria en la bibliografía de referencia. Parece ser que cuando el Ejército Italiano se apoderó de los archivos del Estado Pontificio al respecto, conservados en el Quirinal, se perdieron o destruyeron documentos en las mudanzas, particularmente aquello que era favorable a los pontificios (13).

No se puede ocultar que los contingentes militares de composición mixta plantean problemas, como también los acantonados en un territorio extraño, y más si están desplegados para prevenir y reprimir movimientos revolucionarios. Si aquellos voluntarios presentados como mercenarios pudieron tener en algún

(13) Vid. JOSEPHO PASCHALIO MARINELLO, *De pugna ad Castrumficardum*, Camerano (provincia di Ancona), 1991, pág. 168.

momento problemas con la población, o con las tropas romanas, lo cierto es que el comportamiento de aquellos últimos cruzados registró muchos menos abusos y excesos que en cualquier otra anterior: no en vano formaron en la cruzada una considerable proporción de nobles. Defendiendo al Papa se reunió por última vez la nobleza europea, haciendo honor a su origen militar, antes del triunfo definitivo de la era democrática.

Se trataba, cierto es, de la nobleza legitimista, no de los grandes títulos que se habían acomodado a la nueva situación política. Algunos han insistido en poner de relieve que las figuras de aquel ejército voluntario coincidían en resultar antipáticas a Napoleón III como si eso explicara la falta de apoyo de éste al Papado.

En realidad, el nuevo Jefe del Ejército Pontificio, el general Christophe De Lamoricière, había servido a Luis Felipe en Argelia y luego había sido diputado y Ministro de la Guerra en la II República Francesa, en tanto que el Jefe de Estado Mayor que eligió, el coronel Georges de Pimodan, había rehusado servir a Luis Felipe y se formó en el ejército austríaco. Por eso carece de fundamento reprochar la aceptación del Barón Atanasio de Charrette (14), perteneciente a la familia ligada a todas las insurrecciones vandeanas, porque "representaba una Bandera" (el legitimismo), ya que el Papa había solicitado primero el socorro de los gobiernos establecidos; sólo cuando éstos le abandonaron aceptó la ayuda, sincera, coherente y abnegada, de los legitimistas, pero no sólo de ellos.

* * *

En este centenario de la Conquista de Jerusalem por la Primera Cruzada uno no puede dejar de resaltar que estos últimos cruzados guardan ciertos curiosos paralelos con los primeros expedicionarios de Pedro el Ermitaño y Godofredo de Bouillon:

(14) Con él sirvieron al Papado otros tres hermanos. Fue el representante del espíritu y de la tradición de los zuavos, pero no fue nunca su comandante en las campañas italianas porque su edad vedaba ascenderle al grado necesario. Figura máxima de los zuavos, sólo fue su comandante en jefe durante la campaña francesa.

- El móvil religioso y altruista es evidente. Focalizado el de los unos en la ciudad de la Pasión y la Resurrección de Cristo y el de los otros en la Sede de su Vicario.
- Se orienta a defender la libertad de la Iglesia, en este caso, curiosa pero esclarecedoramente, contra los partidarios de la libertad religiosa, en aquella acepción contemporáneamente calificada de "libertad de perdición" (15).
- No es una cruzada de reyes, sino de pequeños nobles y pueblo menudo, pero obedeciendo a la exhortación unánime del clero.
- Los protagonistas son predominantemente franceses.
- Y extraña, a primera vista, la ausencia de participantes españoles. Si en la Edad Media ello se explicó por la Reconquista, en la década de 1860-1870 España estaba también inmersa en intensas luchas político-religiosas. Y si la década comienza con el carlismo en su punto más bajo (intentona de San Carlos de la Rápita, posición liberal del heredero de la dinastía, D. Juan), termina tanto con un Saboya en el trono de Madrid como con los carlistas protagonizando las sublevaciones fallidas de 1869 y 1870. No obstante, los príncipes de sangre real participantes en la última cruzada tienen todos lazos y estirpe hispánica: D. Alfonso de Borbón Sicilia (16), D. Salvador Itúrbide (17) y D. Alfonso Carlos de Borbón y Austria Este (18).

(15) *Vid.* Pto IX, *Quanta cura* (1864), § 3.

(16) El conde de Caserta había luchado en Nápoles contra la invasión garibaldina y piemontesa, a la muerte de Francisco II se había convertido en el jefe de la Casa Real napolitana, sirvió en el ejército pontificio luchando distinguidamente en Mentana, y volvió a combatir en la Tercera Guerra Carlísta, en la que fue el último jefe del Ejército del Norte (*Vid.* MELCHOR FERRER, *Historia del Tradicionalismo Español*, tomo XXVII, págs. 241-242; PIERO RAGGI, *La nona crociata*, pág. 76).

(17) Se trata del nieto de Agustín de Itúrbide, el efímero Emperador católico padre de la independencia de México (*Vid.* ALBERTO DE MESTAS, *Agustín de Itúrbide Emperador de Méjico*, Barcelona, Juventud, 1939, págs. 199-206; *Veinte años con Don Carlos. Memorias de su secretario el Conde de Melgar*, Madrid, Espasa Calpe, 1940, págs. 73-74; MELCHOR FERRER, *Historia del tradicionalismo español*, tomo XXII, pág. 155; PIERO RAGGI, *La nona crociata*, págs. 12, 43 y 47).

(18) Hermano de Carlos VII, ingresó en los zuavos pontificios después de Mentana, y ascendió a alférez en una de las compañías que defendieron propiamente el sector de la Porta Pía. Combatió en la Tercera Guerra Carlísta. En 1931

La campaña de Castelfidardo, 1860

Apenas habían tomado posesión los nuevos mandos del Ejército Pontificio cuando, en mayo de 1860, un nuevo suceso aceleró los acontecimientos y trastornó todo el panorama. Una expedición de revolucionarios italianistas, capitaneada por Garibaldi e instigada en secreto por el gobierno piemontés, desembarcó en Sicilia (19) y obtuvo rápidos e inesperados éxitos, hasta el punto de entrar en Nápoles el 7 de septiembre. Tan sólo le faltaba batir al ejército napolitano, concentrado al norte de la capital.

Ante la inesperada perspectiva de un foco italiano rival, republicano y exaltado, y dueño de Nápoles, el gobierno piemontés hizo valer ante las demás potencias su condición de opción moderada y, por ende, preferible. Pero para que el ejército sardo compareciera en el sur de Italia, evitando la instalación definitiva en él de Garibaldi, era preciso atravesar el territorio pontificio de las Marcas y Umbria (y de paso quedárselos). Napoleón III, oficialmente garante de la integridad pontificia, dio su aquiescencia a regañadientes con su famoso "Hacedlo, pero hacedlo pronto".

El gobierno de Turín, que decía guarnecer las fronteras para evitar los hostigamientos a los Estados de la Iglesia, permitió la irrupción de varios contingentes de revolucionarios el 8 de septiembre. Después, Víctor Manuel envió un ultimátum al Papa exi-

heredó los derechos de su dinastía, siendo, con el título de Alfonso Carlos I, el último rey reconocido unánimemente por todos los carlistas. En 1936 ordenó participar, sólo por Dios y por la Patria, junto a los militares y otras fuerzas, en el Movimiento que se preparaba. De modo que, al anteponer claramente su espíritu de auténtico cruzado al interés de su propio partido y familia, contribuyó decisivamente a que España poseyera su propia cruzada —victoriosa— en el siglo XX (Vtd. MELCHOR FERRER, *Historia del Tradicionalismo Español*, tomo XXX-1, págs. 9-11 y XXX-2, pág. 104).

(19) De aquellos famosos "Mil" Garibaldi destacó primero una partida que desembarcó para operar en territorio pontificio encendiendo la revolución. A modo de distracción y como lógica manifestación de que su ideal unitario incluía Roma. El coronel Pimodán, sin embargo, la eliminó de modo rápido y eficaz, ganando el grado de general.

giendo el licenciamiento de las tropas extranjeras, mientras el general Fanti comunicaba a Lamoricière que ocuparía las Marcas y Umbria si el Ejército Pontificio reprimiera en ellas cualquier manifestación en sentido "nacional" (entiéndase liberal y unitario) en lugar de abandonarlas. Cuál fuera el tono real de esta operación de policía, moderadora y monárquica, se trasluce de las arengas de los jefes de los dos cuerpos de ejército, y permite imaginar cuál fuera el de los garibaldinos (20).

En realidad, las pretendidas sublevaciones populares no se produjeron, y las operaciones comenzaron sin declaración formal de guerra, lo cual, entonces, era todavía un escándalo adicional.

Las tropas pontificias estaban dislocadas en previsión de insurrecciones e incursiones revolucionarias, o del peligro que se aproximaba desde las fronteras de Nápoles, y se encontraron con un enemigo regular, muy poderoso y procedente del Norte. Sus opciones eran escasas y se basaban en la ayuda exterior. Confundiendo en que la guarnición francesa en Roma protegería el Lacio y recibiría más refuerzos por el Tirreno, Lamoricière decidió concentrar su ejército de maniobra y marchar al puerto fortificado de Ancona a la espera de recibir la ayuda austríaca por el Adriático.

La concentración y la travesía de los Apeninos, eludiendo al enemigo, fueron un éxito de maniobra y disciplina que demostró la nueva moral del Ejército Pontificio tras su recentísima reorganización. Pero al llegar a Loreto comprobaron que el camino a la casi visible Ancona estaba ya cortado por fuerzas superiores, y tenían que combatir ineludiblemente a las instaladas en Castelfidardo.

En esa jornada los voluntarios demostraron su cualidad y su temple de cruzados: a la noche, rezando y confesando devota-

(20) "Os conduzco contra una mesnada de borrachos extranjeros a los que la sed de oro y el deseo de saqueo trajo a nuestro país. Combatid y destruid inexorablemente a esos sicarios comprados, y que sientan de vuestra mano la ira de un pueblo que quiere la nacionalidad y la independencia. ¡Soldados, la impune Perusa pide venganza, y, aunque tarde, la tendrá!" (General Cialdini).

El general Fanti se refería entre otras cosas a "Bandas extranjeras venidas de todas partes de Europa al suelo de Umbria y de las Marcas han plantado allí el falso estandarte de una religión de la que se mofan."

mente en el Santuario de la Santa Casa, y a la mañana siguiente, 18 de septiembre, llevando el peso de los reiterados ataques para desalojar de las alturas dominantes a los piemonteses.

No sólo el ejército pontificio era ya inferior al sardo, sino que sólo entró en combate la brigada mandada por el general Pimodán, unos tres mil quinientos hombres, que debía abrir el camino y cubrirlo para que el resto transitara hacia Ancona. A pesar del valor demostrado —aunque no en todos los batallones—, los pontificios fueron vencidos dejando sobre el campo ochenta y ocho muertos y cuatrocientos heridos, entre ellos Pimodán que falleció esa noche. Al día siguiente capitulaba el resto del ejército, aunque sólo cayeron prisioneros tres mil hombres de los que mil fueron catalogados por los vencedores como alemanes, seiscientos como suizos, más de un centenar de franceses, otros tantos belgas y cien irlandeses (21). El resto eran dispersos, aunque alguna columna alcanzó Ascoli y alimentó durante un tiempo la guerrilla.

Lamoricière consiguió llegar a Ancona con unos cuantos jinetes. Fue entonces cuando se descubrió que no habría ninguna ayuda austríaca, y que los franceses, incluso ya reforzados, se limitarían a custodiar el Patrimonio de San Pedro, pero que su protección había dejado de incluir el resto de los Estados.

Ancona, sitiada y bombardeada por tierra y mar, resistió hasta el 28 de septiembre, dándose la circunstancia de que entabladas las negociaciones con el almirante Persano, y con la bandera blanca alzada, el ejército sitiador siguió bombardeando la plaza que no había podido tomar, y que no devolvía el fuego, durante trece horas más (22).

Los prisioneros de la campaña fueron tratados de muy diferente manera: en tanto que los extranjeros fueron repatriados a sus países de origen, los italianos compartieron un cautiverio cruel con los soldados del reino napolitano.

(21) Resulta curioso que los soldados originarios de los propios Estados Pontificios sean clasificados por los vencedores como "indígenas". ¿No eran italianos?

(22) Vid. PIERO RAGGI, *La nona crociata*, Ravenna, Tonini, 1992, págs. 8-9. Es la más interesante de las obras recientes sobre nuestro asunto, de la que nos hemos valido ampliamente.

La campaña de Mentana, 1867

A partir de 1860, los Estados Pontificios quedaron reducidos a un enclave rodeado completamente por el recién nacido reino de Italia, que ambicionaba absorberlo también, y hacer de Roma su capital. Comenzaba la "cuestión romana".

Pero la situación del novísimo reino no era nada fácil. Temía la posible revancha de Austria, que aún poseía el Véneto; debía hacer frente a la protección de Napoleón III sobre Roma; se sentía amenazado por los revolucionarios mazzinianos, procurando adelantárseles; y, sobre todo, encontraba una gran oposición en el reino de Nápoles a su absorción.

Este último episodio fue despachado por la historia oficial con el término de *brigantaggio* (bandidaje) (23), pero, aunque terminara degenerando en un fenómeno puramente delictivo, hasta la derrota de Austria, en 1866, tras la cual se apaga, aquella resistencia tuvo múltiples factores: desde la protesta social campesina al legitimismo borbónico, pasando por el sentimiento patriótico meridional frente a los intrusos piemonteses y, sobre todo, la reacción ante la implantación de la legislación saboyana, incluyendo el servicio militar y las medidas antirreligiosas.

Aquella oculta guerra civil forzó a instaurar y prolongar durante largos años el estado de asedio en el Mezzogiorno, empeñó a un ejército de ocupación que llegó a alcanzar unos efectivos de ciento veinte mil hombres, y supuso una durísima represión de todo género, tras la cual comienza el masivo movimiento migratorio trasatlántico de las poblaciones de la Italia meridional, que se prolongará durante decenios (24).

(23) Vid. FRANCESCO PAPPALARDO, "El Brigantaggio en el sur de Italia (1860-1870)", en *Aportes* núm. 14 (1990), págs. 50-67.

(24) Las guerrillas napolitanas ya habían comenzado durante 1860, antes de que cayeran las últimas plazas fuertes borbónicas (Gaeta, Mesina y Civitella del Tronto) en febrero y marzo de 1861. En 1861 se produjeron levantamientos masivos en Basilicata y después, durante un par de años, las guerrillas legitimistas encontraron un santuario desde el que operar en el territorio pontificio, donde eran reprimidas por el contingente francés, pero gozaban de la connivencia de las fuerzas pontificias.

Algunos de los voluntarios que acudieron a Roma a defender al Papa se pasaron desde allí a las partidas napolitanas: al fin y al cabo el enemigo era el mismo, se le combatía activamente, y la causa legitimista y la católica se sentían íntimamente ligadas. Entre los muy diversos legitimistas extranjeros participantes en un comienzo destacarían finalmente por su número y calidad los españoles carlistas, alentados por la diplomacia isabelina, interesada tanto en auxiliar a sus parientes más cercanos como en alejar de España a sus enemigos y no aparecer envuelta directamente (25).

Ante todas las dificultades antedichas se explica que el Reino de Italia mantuviera una postura inicialmente moderada en relación con la "cuestión romana".

Así, ante la presión francesa, las tropas reales incluso contuvieron por las armas (Aspromonte, 1862) la nueva expedición garibaldina para penetrar en el Patrimonio de San Pedro al grito de "¡Roma o muerte!".

Luego, en 1864, se firmó la Convención de Septiembre entre Napoleón III y la corte de Turín: las tropas francesas evacuarían paulatinamente el territorio romano, según se fuera reforzando el Ejército Pontificio —con cuyo gobierno no se contó—, y el gobierno italiano renunciaba definitivamente a Roma, como ga-

(25) En particular deben destacarse dos carlistas nombrados sucesivamente para reorganizar las fuerzas napolitanas: el general José Borges desembarcó en Calabria con una veintena de españoles, intentando repetir la gesta del Cardenal Rufo y llegó a conectar con las partidas de Basilicata, pero, como no consiguió imponer la autoridad recibida del rey, se replegó hacia el Lacio, cayendo en una celada y siendo fusilado a pocos kilómetros de la frontera (IX/XII-1861); el general Rafael Tristany fue nombrado a continuación comandante de las fuerzas borbónicas en los Abruzos, y hasta su prisión por los franceses (VI-1863) mantuvo incansable el hostigamiento desde los confines pontificios, aunque sin conseguir penetrar profundamente en el Reino (por antonomasia, hasta entonces, el de Nápoles).

Sobre toda esta cuestión, *vid.* ALDO ALBONICO, *La mobilitazione legitimista contro il regno d'Italia: La Spagna e il brigantaggio meridionale postunitario*, Milán, Dou. A. Giuffrè Editore, 1979 o en particular FRANCESCO MARIO AGNOLI, *La conquista del Sud e il generale spagnolo José Borges*, Di Giovanni Editore, San Giuliano Milanese, 1993.

rantía implícita de lo cual establecía su capital en Florencia, y prometía emplearse en evitar el hostigamiento revolucionario a través de las fronteras (26).

• • •

Entretanto, en Roma la reorganización y modernización de los Estados era, pese a todo, un hecho logrado y prometedor. Y también la reconstrucción de sus fuerzas armadas.

Aunque el encuentro de Castelfidardo no fuera una gran batalla, y resultara totalmente adverso, su eco, en cambio, resultó a la larga provechoso para las armas pontificias. Los propios adversarios se declararon sorprendidos por encontrarse unos voluntarios valientes y unos oficiales capaces, en lugar de los mercenarios despreciables que les había presentado su prensa (27). Para el mundo católico, aquella derrota a campo abierto de un pequeño ejército abandonado de todos cobró la magnitud de un sacrificio heroico, se habló de los mártires de Castelfidardo, aunque el adjetivo martirial corresponde aún mejor al ánimo de los voluntarios que después de 1860 se enrolaron a sabiendas bajo las banderas papales crecientemente desasistidas.

Los prisioneros de Castelfidardo regresaron en cuanto pudieron a Roma, y el batallón de Tiradores franco-belgas tomó desde enero de 1861 el nombre que se hizo famoso de Zuavos Pontificios (28), y sus efectivos se incrementaron lenta pero continuamente hasta 1870.

(26) Uno no puede evitar comparar este acuerdo con el desenganche norteamericano de Vietnam so capa de vietnamización y acuerdos de paz.

(27) El general piemontés Cugia, uno de los vencedores, turvo el capricho de leer la lista de bajas y, tras leerla, exclamó ponderativamente: "¡Qué nombres! ¡Se diría que es la lista de asistentes a una fiesta de Luis XIV!"

(28) El nombre de los últimos cruzados procede, curiosamente, de una tribu de bereberes de la Cabília argelina. A imitación de ellos el ejército francés creó unidades de infantería ligera con un uniforme exótico. Y debemos recordar que el Ejército Pontificio fue reorganizado a la francesa por Lamoricière, que había hecho toda su carrera militar en Argelia. De ahí proceden el nombre y uniforme, que uno de ellos, D. Alfonso Carlos de Borbón, introduciría en las filas carlistas catalanas en 1873 (Vtd. FRANCISCO MELGAR, *Pequeña historia de las guerras carlistas*, Pamplona, Gómez, 1958, págs. 233-238).

En octubre de 1865 fue nombrado el que sería último comandante en jefe del ejército pontificio, el general Hermann Kanzler, alemán de Baden y con una larga hoja de servicios a Su Santidad. A él se debe una enérgica reorganización, consciente de que tras la Convención de Septiembre la palabra de Napoleón III prometiéndole su protección no valía más que la de Víctor Manuel II renunciando a Roma. La efectividad de su obra se comprobó con la represión del bandolerismo, que preparó al ejército para la campaña que se avecinaba.

* * *

En 1867, tras la Tercera Guerra de Independencia, con Austria ya vencida pero sufriendo el descrédito de las derrotas militares padecidas frente a ella en tierra y mar (Custozza y Lissa), el gobierno italiano tomó como salida una huida hacia adelante mediante la anexión de Roma. Y se prepara entonces una reedición de las maniobras de 1859-1860: penetración de activistas, insurrección popular, e intervención pacificadora del ejército real.

Los preparativos fueron tan evidentes —reclutamiento abierto de voluntarios, militares que se ausentaban de filas sin licencia para incorporarse a aquellos sin ser sancionados— que, ante las protestas francesas, el gobierno italiano confinó a Garibaldi en Caprea.

Pese a ello, desde fines de septiembre se sucedieron las incursiones guerrilleras sobre todos los confines del Estado Pontificio a cargo de nutridos contingentes dirigidos por Garibaldi hijo. No obstante, al cabo de un mes de acciones sobre localidades aisladas, los ataques habían sido repelidos por muchas guardias, y si no las posiciones habían sido recuperadas de inmediato. Sobre todo, no se produjo ningún síntoma de insurrección popular: las células romanas preparadas al efecto pudieron ejecutar algún atentado terrorista sonado, pero fueron localizadas y reducidas en sus escondites suburbanos, totalmente aisladas.

Para dar nuevo impulso a una campaña de evolución tan inesperada el propio Garibaldi se escapó sin esfuerzo de su confinamiento y tomó el mando de los suyos atravesando pública-

mente la propia capital florentina, sin que la policía italiana "supiera" interceptarlo. Por idéntico motivo, vista la resistencia prestada por los pontificios, y no existiendo un hecho consumado en rápido golpe de mano al que plegarse, Napoleón III se vio obligado a ordenar el embarque de un nuevo cuerpo expedicionario francés en socorro de la Ciudad Eterna, cuyas fronteras no había protegido el rey de Italia.

A fines de octubre Garibaldi reunía cerca de diez mil hombres y levantó de nuevo sus ánimos, para marchar sobre Roma. Su primer objetivo al paso fue Monterotondo, que resultó ser su única victoria, pero pírrica: en lugar de una rápida ocupación, la enérgica defensa de los trescientos hombres de la guarnición se prolongó veintisiete horas, obligó a empeñar los dos tercios de las fuerzas y causó numerosas bajas. Irritados, los *camisas rojas* se entregaron a excesos y profanaciones hasta el punto de que Garibaldi hubo de constituir un consejo de guerra disciplinario para castigarlos.

No sólo la falta de éxitos, las bajas, la meteorología o el disgusto por las tropelías cometidas desmoralizaron y mermaron las tropas garibaldinas: el rey Víctor Manuel, a la vista de la decisión francesa se desligó ahora de la tentativa, que condenó sin paliativos. Los *camisas rojas* quedaban en la situación de merodear por el Lacio, sin retaguardia segura ni poder marchar sobre Roma.

Mientras tanto, los pontificios habían concentrado todas las guarniciones dispersas, y finalmente salieron a su encuentro el 3 de noviembre en dos columnas, la principal, pontificia, de tres mil hombres, bajo el mando de Courten, el defensor de Ancona, y la de reserva, de otros dos mil, del contingente francés. Kanzler mismo actuaba de comandante en jefe.

El encuentro se dio en Mentana, y fue duro y sangriento como correspondía a la equiparación numérica y a la fuerte motivación de ambos ejércitos (por parte pontificia actuaron casi exclusivamente voluntarios de los Zuavos, la Legión Romana y los Carabinieri Esteri, los franceses sólo intervinieron al final). A la postre los *camisas rojas* huyeron desordenadamente, sufrien-

do cerca de mil bajas (29) y dejando otros mil trescientos prisioneros, que recibieron un trato benevolente.

No pudiendo negar la derrota, y con tal de no reconocer el mérito de los cruzados pontificios venciendo a los héroes garibaldinos a campo abierto, los propagandistas revolucionarios, desde entonces hasta hoy, han insistido en atribuirla enteramente a los franceses, y en particular a sus fusiles de nuevo modelo "Chassepot", incluso contra el testimonio de los propios combatientes.

No sólo el recuento de bajas de ambas columnas pontificias confirma lo narrado, y que el esfuerzo principal fue desarrollado por los voluntarios, y por los zuavos en particular; es que aún hay más: el general en jefe del contingente francés, De Failly, había querido disuadir a Kanzler el día antes de dar la batalla, y el general Polhès, jefe de la columna francesa, rehusó en principio su participación en el ataque, diciendo que tenía instrucciones de no combatir, a lo cual Kanzler repuso que en cualquier parte del mundo tal rechazo de las órdenes sería tenido por traición y castigada como tal, pero que él se contentaría con telegrafiarla inmediatamente a toda Europa. Sólo así se consiguió obtener el avance francés, mientras cundía la sospecha de que el gobierno napoleónico proseguía su doble juego contemporizador (30).

En cualquier caso, la victoria de Mentana no sólo fue rotunda sino decisiva: cesó por completo todo hostigamiento al territorio pontificio.

La campaña de Mentana había demostrado la capacidad del Ejército Pontificio para cumplir su cometido: en Roma no habría insurrección, ni le harían mella las incursiones de guerrillas; sólo un ejército regular superior podría anexionarse el Estado

(29) Un año antes, la III Guerra de Independencia por el Véneto costó en total al Regio Ejército seiscientos sesenta muertos, en tanto que se calculan en mil doscientas las bajas mortales de los garibaldinos en esta campaña. Las cifras hablan del esfuerzo y el éxito de las tropas pontificias (*Vid. R. CRELLI, op. cit.,* pág. 85).

(30) P. RAGGI, *op. cit.*, pág. 24.

Pontificio, y ello sólo si no se recibían los auxilios prometidos, puesto que el instrumento militar existente era capaz de ganar el tiempo necesario.

La Porta Pía, 1870

En 1870, la guerra francoprusiana y su desarrollo desfavorable sirvió de pretexto final para que los franceses retiraran su último contingente de Roma.

Inmediatamente, Víctor Manuel II vio la ocasión que aprovechar, olvidando sus anteriores promesas, y sin importarle que en Roma estaba en ese momento reunido el Primer Concilio Vaticano, que acababa de definir la infalibilidad pontificia. El ferragosto romano, la guerra francoprusiana y el temor a la amenaza italiana se unieron para producir la desbandada de los obispos, quedando el Concilio suspendido *sine die* (31).

Tras haber intentado convencer al Papa, y ya derrotado y prisionero Napoleón III en Sedán, el rey de Italia envió el 10 de septiembre, nuevamente sin declaración de guerra, un ejército de sesenta y cinco mil soldados sobre lo que restaba de los Estados Pontificios. Estos no poseían en total, dispersos además en los diversos puestos de guarnición, sino trece mil seiscientos veinticuatro hombres, incluyendo todos los cuerpos, desde los artilleros e ingenieros a los milicianos locales o *squadriglieri*. De todos ellos el cuerpo más numeroso era el de los zuavos, que sumaban tres mil cuarenta, aunque como sabemos no incluían a todos los voluntarios extranjeros que luchaban bajo las banderas del Papa (32).

La lucha, desigual y sin posibilidad de socorro (Francia acéfala con la república recién proclamada, España con un Saboya en el trono, Austria pasiva) estaba perdida de antemano. Las

(31) La declaración de la voluntad italiana de ocupar Roma data del 29 de agosto, la 99ª sesión del Concilio aún se celebró, con escasa asistencia, el 1º de septiembre.

(32) Pero sería injusto olvidar a los cuerpos romanos que luchaban por su soberano, el Papa-Rey, en el Regimiento de Línea, los Cazadores o la Gendamería y los voluntarios de segunda línea.

guarniciones de la provincia recibieron orden de replegarse sobre la ciudad, y Charette todavía consiguió eludir el cerco de Viterbo y presentarse con toda su guarnición, ganándose la admiración de sus enemigos.

El general Kanzler, *Proministro delle Armi* y Comandante en jefe del Ejército, rehusó con dignidad las intimaciones de rendición:

"He recibido la invitación de dejar entrar las tropas bajo el mando de Su Excelencia.

"Su Santidad desea ver Roma ocupada por sus propias tropas y no por las de otros Soberanos.

"Por lo tanto tengo el honor de responder que estoy dispuesto a hacer resistencia con los medios a mi alcance, como me lo impone el honor y el deber."

En una segunda respuesta dejó claro que, ante el sacrilego ataque del que era víctima, las manoseadas "consideraciones humanitarias" no podían concluir sino en desistir de la injusta agresión.

Todas las fuentes coinciden en que no hubo ninguna insurrección popular en el interior de Roma, y que las fuerzas estaban prestas para la última defensa, pero las instrucciones del Papa ya estaban dadas a Kanzler:

"Señor General:

"Ahora que va a consumarse un gran sacrilegio y la más enorme injusticia, y la tropa de un rey católico, sin provocación y ni aun la apariencia de cualquier motivo cibe de asedio la capital del Orbe Católico, siento en primer lugar la necesidad de agradecer a usted y a toda nuestra tropa la generosa conducta tenida hasta ahora, el afecto mostrado a la Santa Sede, y la voluntad de consagrarse enteramente a la defensa de esta metrópoli.

"Que estas palabras sean un documento solemne que certifique la disciplina, la lealtad y el valor de la tropa al servicio de esta Santa Sede.

"En cuanto a la duración de la defensa, tengo el deber de ordenar que ésta debe consistir únicamente en una protesta, apta a constatar la violencia y nada más, y en consecuencia, abrir negociaciones para la rendición a los primeros cañonazos. En un momento en que Europa entera deplora las víctimas numerosísi-

mas, consecuencia de una guerra entre dos grandes naciones, que no se diga jamás que el Vicario de Jesucristo, aunque injustamente asaltado, haya consentido ningún derramamiento de sangre.

"Nuestra causa es de Dios, y Nos ponemos en Sus manos nuestra defensa.

"Le bendigo de corazón a usted y a toda nuestra tropa.

"Firmado: Pío P. P. IX

"En el Vaticano, a 19 de septiembre de 1870."

Otros dicen que las órdenes habrían sido las de parlamentar "apenas hubiera brecha abierta". El caso es que los italianos abrieron el fuego con su artillería a las cinco y cuarto de la mañana del 20 de septiembre, y a las dos horas ya existía una brecha abierta y practicable en el sector de la Porta Pia y la Porta Salaria. Pero los zuavos prosiguieron la defensa, mientras cantaban su himno, a las órdenes del mayor de Troussures, incluso cuando a las diez menos cuarto recibieron un enlace con instrucciones de izar bandera blanca. Recusaron la orden por ser meramente verbal, y sólo a las diez y media un oficial superior pontificio apareció enarbolando la bandera blanca y el fuego cesó.

Sin detenerse a parlamentar, los italianos penetraron en Roma, mientras las tropas pontificias se retiraron a la ciudad leonina. Como sucediera diez años antes en Ancona, el general garibaldino Bixio siguió bombardeando la ciudad un tiempo, diciendo no haber visto la bandera blanca izada sobre la Cúpula de San Pedro.

Rendida ya Roma, los prisioneros pasaron la noche bajo la columnata de Bernini y por la mañana, antes de partir, el Papa les bendijo por última vez desde un balcón del Vaticano en una escena de enorme emoción. Desde aquel momento el Papa se constituyó en prisionero dentro de su palacio y ni él ni sus sucesores volverían a salir de él en sesenta años. Pronto, un nuevo "plebiscito" sancionaría la anexión y Víctor Manuel II tomaría posesión de su nueva capital (33).

(33) En su encíclica *Rescriptentes ea* de 1-XI-1870 el papa renovó su protesta y la excomunión por el sacrilego expolio.

Debemos recordar que los sucesos que hemos narrado tan pormenorizadamente no se habían prolongado sino diez años: la unidad de Italia era demasiado reciente y tierna como para que la diplomacia pontificia no estuviera justificada en su intento de resolver la cuestión romana, no por una restitución completa de los antiguos estados, sino por la única garantía posible del reconocimiento de una soberanía independiente, ya que mal podía el Papa confiar en la Ley de Garantías de un estado que continuó realizando una política agresivamente antirreligiosa (34).

Una solución como la de los Pactos de Letrán hubiera sido aceptada por los Papas, pero caía fuera del anticlericalismo dogmático del Reino de los Saboya.

* * *

Los zuavos, como prisioneros, fueron repatriados por barco de Civitavecchia a Tolón. Formalmente su Regimiento no existía ya, y cada uno recibió un fragmento de la bandera del regimiento, que habían conseguido evitar que cayera en manos de los piemonteses.

Pero como Francia estaba en aquel momento invadida por los prusianos, en nombre del patriotismo se ofrecieron inmediatamente a servir en su ejército, manteniéndose todos juntos como cuerpo franco. La iniciativa les fue aceptada y apenas veintiún días después de Porta Pia la Legión de Voluntarios del Oeste, como se denominaron, volvió a entrar en fuego a partir de Tours, al mando de Charette y con sus propios oficiales y uniformes, para cubrir Orleans y Le Mans. Derrocharon heroísmo, bajas y

(34) De hecho, el Secretario de Estado preguntó al último plenipotenciario enviado por el Rey dos días antes de la invasión si las garantías ofrecidas se traducirían en una ley promulgada por el Parlamento sin enmiendas ni posteriores revisiones de otros gobiernos y legislaturas, a lo cual el italiano, consecuente con el sistema liberal, reconoció que no podía asegurarlo. Esta era la clave de la resistencia pontificia, extendida a la posterior Ley de Garantías, a primera vista generosas: si el Papa quedaba sujeto a una ley interna italiana, por buena que fuera, quedaba supeditado desde entonces, igualmente, a las leyes que pudieran modificarla o derogarla. (Vid. R. CIRELLI, *op. cit.*, págs. 92-93).

citaciones, y, antes de disolverse, esta vez definitivamente, consagraron el Regimiento al Sagrado Corazón de Jesús con la invocación "Corazón de Jesús, salvad a Francia".

De hecho el espíritu de cuerpo se mantuvo cuarenta años entre aquellos excombatientes capitaneados por Charette, y parece que en algún momento difícil, en torno a 1881-1882, el nuevo papa, León XIII, que llegó a abrigar la idea de huir de Roma (35), pensó también en solicitar la ayuda de aquellos leales zuevos (36). Lo cual demuestra también hasta qué punto los temores por la libertad del Santo Padre no habían sido infundados.

Los frutos de la cruzada

Aparentemente, los cruzados, derrotados, no habían conseguido nada. No es así.

En primer lugar, su ejemplo mantiene la vigencia de la doctrina de la guerra justa, y de que el voluntariado de las armas es una forma máxima de solidaridad en cuanto que "nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15,13).

Además, aquellos voluntarios salvaron el honor del laicado católico que, si no hubiera sido por ellos, habría asistido unánimemente mudo a la agresión al Santo Padre. Aquellos millares de hombres obraron subsidiariamente de aquellas "potencias católicas" que ni siquiera protestaron del despojo, a excepción del hispánico, pequeño y remoto Ecuador de García Moreno, consagrado por él al Sagrado Corazón (37). De no haber sido por ellos

(35) Vid. FRANCISCO J. MONTALBÁN, BERNARDINO LLORCA y RICARDO GARCÍA VILLOSLADA, *Historia de la Iglesia Católica*, Madrid, BAC, 1963, tomo IV, págs. 491-492.

(36) Vid. T. COL. MASSIMO COLTRINARI - T. COL. ANTONIO TROGU, *Atanasio de Charette, l'ultimo crociato di Pio IX*. Estratto dalla rivista "Pio IX" "Studi e Ricerche sulla vita della Chiesa dal '700 ad oggi", ANNO XXIV - N° 1 - Gennaio -Aprile 1995, págs. 90-91.

(37) El texto íntegro de la ejemplar protesta oficial al Ministro de Asuntos Exteriores de S. M. el rey Víctor Manuel en R. P. ALPONSO BERTHÉ, *García Moreno*, Buenos Aires, Cruzamante, 1981, págs. 597-610.

García Moreno la justificó así ante el Congreso de su país: "Si el último de los ecuatorianos hubiese sido vejado en su persona o en sus bienes por el más pode-

todavía hoy deberíamos abochornarnos todos los católicos de nuestro nulo amor de obras al Sumo Pontífice. Pío IX, el Papa-Rey, tuvo en Castelfidardo, Mentana y la Porta Pía bastante más que un piquete de alabarderos: cruzados verdaderamente decididos a mostrar su lealtad con su sangre.

* * *

Se nos dirá que esos no son frutos materiales.

Ante todo, debemos recordar que el fruto obtenido por los Saboya les fue de escaso provecho. Parafraseando el Evangelio podemos decir "quien a plebiscito mata a plebiscito muere": la monarquía italiana erigida sobre aquellos plebiscitos posteriores a las conquistas de 1859-1870 tuvo que abandonar el trono desairadamente a causa de otro plebiscito en 1946. Y los herederos de la dinastía, incluso en la Europa Unida de hoy, todavía no pueden entrar en Italia.

Para Italia, la ambición y la prisa saboyanas en su unificación han sido mucho más perniciosas: la cuestión romana y el posterior *non expedit* excluyeron a los católicos de la construcción de la Italia unida, y además, aquellas circunstancias tan especiales hipotecaron de muy distintas maneras, hasta nuestros días, la formación de un movimiento católico integral, ni tocado de liberalismo, ni apolítico (38).

Veamos ahora los frutos positivos:

Las armas son instrumentos de la política. Y la política vaticana, merced a la protesta subrayada por el sacrificio de sus cru-

roso de los gobiernos, habría protestado altamente contra este abuso de fuerza, como el único medio que les queda a los Estados pequeños para no autorizar la injusticia con la humillante complicidad del silencio. No podía, pues, callar, cuando la usurpación del dominio temporal de la Santa Sede y la consiguiente destrucción de su libertad e independencia en el ejercicio de su misión divina, habían violado el derecho, no de uno, sino de todos los ecuatorianos, y el derecho más elevado y más precioso, el derecho de su conciencia y de su fe religiosa".

(38) Vid. MARCO INVERNIZZI, *Il movimento cattolico in Italia dalla fondazione dell'Opera dei Congressi all'irruzione della seconda guerra mondiale (1874-1939)*, Milán, Mimep-Docete, 1995.

zados, y su firme y constante determinación durante la época del *non expedit* (y siempre asentada sobre la confianza en la Divina Providencia) pudo mantener viva la reivindicación de su reconocimiento como estado soberano e independiente hasta que le fue reconocida por los Pactos de Letrán de 1929, que, procediendo del veintenio fascista, aún siguen incorporados a la Constitución Italiana de hoy. Por el contrario, si el Papa se hubiera resignado a ceder sus estados sin aquella resistencia, desesperada pero firme, hasta la Porta Pia, puede dudarse que hoy la Ciudad del Vaticano existiese como estado reconocido por más de un centenar de naciones.

* * *

No tenemos más remedio que hacer otra consideración acerca de la visión providencial de la Historia.

Dos consecuencias ciertas y buenas de aquellas guerras son la unidad política italiana y el que el Papa haya dejado de tener a su cargo el gobierno y la administración civil de una amplia comunidad de ciudadanos que poseían sus propios intereses terrenales.

Ni los católicos italianos ni el Vaticano plantean hoy ningún tipo de reservas a la unidad italiana, que sólo ha sido cuestionada muy recientemente, y curiosamente en el norte. Por otra parte, el gobierno de aquellas provincias (sólo el Patrimonio de San Pedro de los diez últimos años comprendía doce mil kilómetros cuadrados y unos setecientos mil habitantes) desviaba a muchos eclesiásticos de sus cometidos sagrados para cubrir puestos de una administración puramente profana: para los ciudadanos y para los clérigos el final de aquella situación les permitió ceñirse a sus competencias naturales por mucho que la excepción hubiera estado justificada.

Pero hay que tener un gran cuidado en el uso indiscriminado del adjetivo providencial. Sabido es que, en realidad, todo es providencial, tanto lo bueno como lo malo, por lo que decir de algo que es providencial no implica de suyo calificación moral, aunque la mayoría lo interpretará como una expresión aprobatoria.

Dios puede sacar mal del bien, y un bien mayor, y lo hace a cada momento. Pero eso no significa que los males sean bienes, ni que se puedan hacer males para que advengan bienes (*Rom* 3,8). Paradójicamente, es dudar de la Providencia Divina el que, a la vista de los bienes que traen origen de un mal, se dude que de haber obrado de entrada bien no se hubieran alcanzado soluciones también buenas (si comparables o superiores es cosa de la Sabiduría Divina, que siempre nos sorprenderá).

Por lo tanto, llamar "providencial" al expolio de los Estados Pontificios entraña normalmente un doble mal: manifestar en los juicios históricos un respeto humano *hacia los que han vencido*, y el escándalo al pervertir los criterios del que escucha; incluso puede alentar a otros desalmados a obrar el mal, ya que el hecho consumado a su gusto siempre será providencial y, a fin de cuentas, para bien.

No se puede confundir el juicio del presente con el juicio histórico: damos gracias a Dios por la situación presente como providencial, pero en su momento debió condenarse el mal del que trae causa, y así debe seguir haciéndose en el juicio histórico. En este caso del ataque a los Estados Pontificios.

La unidad de Italia pudo realizarse de otro modo mejor. Y en todo caso, a los que quieren absolver a los liberales expoliadores en nombre de la Providencia habría que recordarles que la satisfactoria situación actual de la Santa Sede, de independencia política reconocida y desentendimiento práctico de responsabilidades temporales, no es la que quedó tras el asalto a la Porta Pia, sino tras el asalto a la Porta Pia *y su reparación por los Pactos de Letrán de Mussolini*.

* * *

Y tampoco nos resistimos a añadir otra lección sobre los adversarios.

Los masones, carbonarios y republicanos de la *Giovine Italia* eran adversarios de la Religión y obraron como tales. Mucho peor quedan en esta historia los liberales moderados que pretendieron compaginar lo inconciliable.

Napoleón III traicionó en varias ocasiones su palabra de amparar el poder temporal del Papa, y otras tantas descontentó a los revolucionarios italianos por sostenerlo. No digamos del rey Víctor Manuel, que tan pronto alentaba bajo cuerda a Garibaldi y se valía de él, o lo detenía, incluso por las armas o confinándolo. Del primero destaca sus lealtades divididas entre sus simpatías revolucionarias y el fuerte partido católico de Francia. En el segundo resalta su oportunismo, por el que tan pronto fue aliado de Francia como de Prusia (39), ya que sus promesas sobre Roma nunca debieron merecer crédito.

Con la distancia es digno de meditar el papel indigno pero nefasto de estos "moderados".

El recuerdo

Por lo demás, en la historia oficial italiana sólo existe el recuerdo y la loa para los garibaldinos, los mazzinianos, Cavour y el rey-soldado. Tanto da que se trate de la victoria piemontesa de Castelfidardo, de la dudosa conquista de Monterotondo o de la derrota de Mentana, los lugares respectivos están llenos de monumentos al heroísmo unitario henchidos de prosopopeya. Pero el semiabandonado *Ossario* de Mentana produce la tristeza de todas las tumbas paganas, sin referencias a la resurrección, cuando se comprueba qué poco dura la "imperecedera" memoria de los hombres.

En cambio, en Roma no existe recuerdo externo de la existencia de aquellos cruzados no tan remotos que defendieron sus muros: sólo de los que hicieron brecha en ellos. Sin embargo, en una de sus cuatro Basílicas Mayores, en la archibasílica de San Juan de Letrán, la catedral del Papa, "*omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput*", en la Capilla del Santísimo, lugar de

(39) Ese hábito de los Saboya se mantuvo en las dos guerras mundiales. En la Primera, Italia formaba en la Triple Alianza cuando se inició, y un año después entraba en la contienda del lado de la Entente. En la Segunda la comenzaron como miembros del Eje y la terminaron como cobeligerantes de los Aliados.

honor escogidísimo, un monumento marmóreo ocupa la mayor parte de un muro: lo preside una imagen sedente, y como tal regia, de Nuestro Señor, pero con los brazos abiertos en ademán acogedor. Le flanquean dos imágenes que simbolizan el poder espiritual y temporal del papado. La inscripción superior reza: "*Fortibus viris qui iura Sedes Apostolicae profuso sanguine asserverunt A. D. MDCCC LX*".

Es el monumento a los caídos en Castelfidardo, completado con un relieve mostrando la batalla bajo el lema "Victoria quae vincit mundum fides nostra" y la medalla "Pro Petri Sede" establecida por Pío IX para los que en ella participaron. Los católicos contrarrevolucionarios, cuando peregrinan a Roma, no deberían olvidar hacerle una visita (40).

* * *

Y aun pueden obtener una última lección de la contemplación de aquel monumento: en su base hay dos relieves gemelos, uno representa a los voluntarios ofreciéndose a Pío IX, el otro a mujeres niños y ancianos ante el San Pedro bronceado del Vaticano ofreciendo el óbolo de San Pedro.

Y es que no siempre hay oportunidad para todos de ser cruzados con las armas, pero sí hay posibilidad y obligación permanente de cooperar en la defensa de la causa de Cristo, ofreciendo cotidianamente la propia persona para la tarea regular: la presencia, el tiempo, la gestión, el trabajo, la pluma y, cuando nada de personal se entregue, a lo menos el dinero, poco o mucho.

Eugenio Vegas, cruzado convencido de este siglo, escribía en 1933: "En los momentos actuales, al español católico se le impone como primer deber un examen de sus obligaciones para con Dios y para con la Patria, y de los medios que son adecuados para realizarlas. Hay algo más que hacer que hablar y que expo-

(40) También en Roma, en la Iglesia de San Luis de los Franceses, hay dos monumentos funerarios, uno, a la entrada, a los soldados de Oudinot caídos en 1849, y otro al general Pimodán, muerto en Castelfidardo y allí enterrado.

nerse inconscientemente a morir en una convulsión social. Hay un deber de prestación personal, que obliga a poner a contribución diaria la inteligencia, el brazo y la alcancía. Y hay una misión de sacrificio que cumplir, que un día cualquiera puede exigirnos la vida, a la par heroica y razonablemente" (41).

(41) EUGENIO VEGAS, *Escritos políticos*, Madrid, Cultura Española, 1940, pág. 197.